

J.R.R. TOLKIEN

CUENTOS desde el REINO PELIGROSO

Ilustrado por ALAN LEE



minotauro



J.R.R. Tolkien

CUENTOS DESDE EL REINO PELIGROSO

Ilustrado por ALAN LEE

minotauro

Cuentos desde el Reino Peligroso

J.R.R. Tolkien

Publicado originalmente en inglés por HarperCollins Publishers Ltd. en 1997
con el título *Tales from the Perilous Realm*

© George Allen and Unwin (Publishers) Ltd 1978, 1981

J. R. R. Tolkien posee los derechos morales de ser reconocido como autor de esta obra

✠*, y Tolkien® son marcas registradas de The Tolkien Estate Limited

Farmer Giles of Ham © The J.R.R. Tolkien Estate Limited 1949

© Editorial Planeta, S.A., 1981. Traducción de Julio César Santoyo y José M. Santamaría

The Adventures of Tom Bombadil © The J.R.R. Tolkien Estate Limited 1961

© Editorial Planeta, S.A., 2005. Traducción de los miembros de la lista Tolkien

Leaf by Niggle © The Tolkien Trust, 1964

© Editorial Planeta, S.A., 1981. Traducción de Julio César Santoyo y José M. Santamaría

Smith of Wootton Major first published 1967 © The Tolkien Trust, 1967

© Editorial Planeta, S.A., 1981. Traducción de Julio César Santoyo y José M. Santamaría

Roverandom first published 1998 © The Tolkien Trust, 1998

© Editorial Planeta, S.A., 1998. Traducción de Ramón Ibero y Luis Domènech

«On Fairy-stories» © The Tolkien Trust 1947, 1964

Extraído de *Los monstruos y los críticos y otros ensayos*

© Editorial Planeta, S.A., 1998. Traducción de Eduardo Segura

Introducción: © Tom Shippey, 2008

© Traducción de Estela Gutiérrez

Diseño de colección de Coverkitchen

Diseño de cubierta: Book & Look

Imágenes de cubierta e interior de © Alan Lee

Esta edición ha sido publicada de acuerdo con
HarperCollinsPublishers Ltd.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 1991, 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1946-7

Depósito legal: B. 19.443-2024

Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

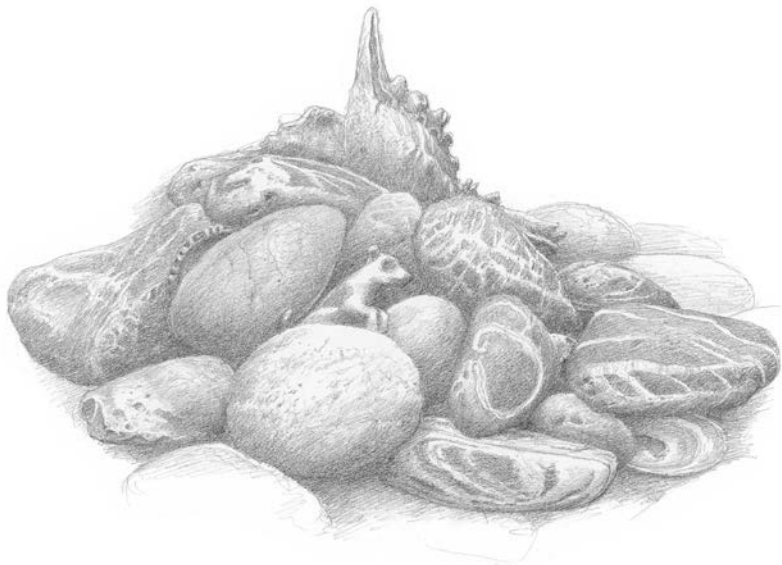
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

www.sociedadtolkien.org

ÍNDICE

<i>Introducción</i> , de Tom Shippey	xI
Roverandom	1
Egidio, el granjero de Ham	91
Las aventuras de Tom Bombadil	155
El herrero de Wootton Mayor	229
Hoja de Niggle	267
Apéndices	295
Sobre los cuentos de hadas	297
<i>Epílogo</i> , de Alan Lee.	380



I

Había una vez un perrito llamado Rover. Era muy pequeño y muy joven, pues de lo contrario se habría portado mejor; y era muy feliz jugando al sol en el jardín con una pelota amarilla, si nunca hubiera hecho lo que hizo.

No todos los hombres viejos con los pantalones rotos son malos: unos son hombres de huesos y botellas y tienen sus perritos; y otros son jardineros; y algunos, muy pocos, son brujos que vagabundean como si estuvieran de fiesta, buscando algo que hacer. El que ahora entra en la historia era un brujo. Llegó a pie por el sendero del jardín, vestido con una vieja y andrajosa chaqueta, con una vieja pipa en la boca y un viejo sombrero verde en la cabeza. Si Rover no hubiera estado tan ocupado ladrando a la pelota, tal vez habría visto la pluma azul clavada en la parte de atrás del sombrero verde y entonces habría sospechado que el hombre era un brujo, como habría hecho cualquier perrito sensato; pero él nunca vio la pluma.

Cuando el hombre se agachó y recogió la pelota —por un momento pensó convertirla en una naranja, incluso en un hueso o en un trozo de carne para Rover—, Rover gruñó y dijo:

—¡Déjala! —Sin ni siquiera un «por favor».

Por supuesto, el brujo, por ser brujo, lo entendió perfectamente, y contestó a su vez:

—¡Calla, tonto! —Sin ni siquiera un «por favor».

Luego se metió la pelota en el bolsillo, sólo para fastidiar al perro, y se volvió. Lamento decir que inmediatamente Rover le mordió los pantalones, y le arrancó un buen trozo. Tal vez también le arrancó un trozo al brujo. En cualquier caso, el hombre se puso súbitamente furioso y dijo:

—¡Idiota! ¡Anda y conviértete en un juguete!

Y al momento empezaron a ocurrir las cosas más extrañas. Para empezar, Rover era sólo un perro pequeño, pero de repente se sintió mucho más pequeño. La hierba pareció hacerse monstruosamente alta y se agitó muy por encima de su cabeza; y un largo trecho a través de la hierba, como el sol que se eleva sobre los árboles de un bosque, pudo ver la enorme pelota amarilla, donde el brujo había vuelto a dejarla. Oyó el clic de la cancela cuando el hombre salió, pero no pudo verlo. Intentó ladrar, pero sólo le salió un pequeño sonido, demasiado pequeño para que pudiera oírlo la gente común; y supongo que ni siquiera un perro lo habría percibido.

Tan pequeño se había hecho el perro que, si entonces hubiera llegado un gato, estoy seguro, habría pensado que Rover era un ratón y se lo habría zampado. Tinker lo habría hecho. Tinker era el gato negro y grande que vivía en la misma casa.

Nada más pensar en Tinker, Rover empezó a sentir un miedo espantoso en todo el cuerpo; pero los gatos se esfumaron pronto de su mente. De repente desapareció el jardín alrededor de él y Rover se sintió transportado no sabía a dónde. Cuando volvió la calma, comprobó que estaba en la oscuridad, encima de un montón de cosas duras; y allí estaba él, en una caja que

le parecía sofocante, muy incómoda a la larga. No tenía nada para comer o beber; pero, peor aún, comprobó que no podía moverse. Al principio pensó que era porque estaba muy apretado, pero luego descubrió que, durante el día, podía moverse muy poco, y con mucho esfuerzo, y además únicamente cuando nadie miraba. Sólo después de medianoche podía andar y menear el rabo y, aun así, un poco tieso. Se había convertido en un juguete. Y como no había dicho «por favor» al brujo, ahora tenía que estar todo el día quieto y suplicar. Ése era su castigo.

Después de lo que le pareció un tiempo muy largo y oscuro, Rover intentó una vez más ladrar con suficiente fuerza para que la gente le oyera. Luego trató de morder las otras cosas que estaban con él en la caja, estúpidos, pequeños animales de juguete, hechos sólo de madera o plomo, no perros auténticos encantados como Rover. Pero su situación no era nada buena: no podía ladrar ni morder.

De repente, alguien llegó y quitó la tapa de la caja y dejó que entrara la luz.

—Habría sido mejor poner esta mañana algunos de estos animales en el escaparate, Harry —dijo una voz, y una mano se introdujo en la caja—. ¿De dónde vino éste? —dijo la voz cuando la mano asió a Rover—. No recuerdo haberlo visto antes. En la caja de tres peniques no hay nada que merezca la pena, seguro. ¿Has visto alguna vez algo que parezca tan real? ¡Mírale el pelo y los ojos!

—¡Márcalo a seis peniques —dijo Harry—, y ponlo en la parte de delante del escaparate!

El pobre pequeño Rover tuvo que permanecer toda la mañana allí, en la parte delantera del escaparate, bajo el fuerte sol, y la tarde entera, hasta cerca de la hora del té; y todo el tiempo tuvo que estar quieto y hacer ver que suplicaba, aunque en su interior estaba realmente muy enfadado.

—Tan pronto como alguien me compre me escaparé —dijo Rover a los otros juguetes—. Yo soy de verdad. ¡Yo no soy un juguete y no quiero ser un juguete! Quiero que venga alguien y me compre en seguida. Odio esta tienda, y no puedo moverme metido como estoy entre las cosas de este escaparate.

—¿Para qué quieres moverte? —dijeron los otros juguetes—. Nosotros no queremos. Es más cómodo estarse quieto, sin pensar en nada. Cuanto más reposes, tanto más vivirás. Así pues, ¡cierra el pico! Mientras hablas no podemos dormir, y a algunos de nosotros nos esperan tiempos difíciles en familias con niños salvajes.

Los otros juguetes ya no dijeron nada más, con lo que el pobre Rover no tenía absolutamente a nadie con quien hablar, y se sintió muy desgraciado y lamentó mucho haber mordido al brujo en los pantalones.

No puedo decir si fue o no fue el brujo quien envió a la madre a sacar de la tienda al perrito. En cualquier caso, justamente cuando Rover se sentía más desgraciado, ella entró en la tienda con la cesta de la compra. Había visto a Rover en el escaparate, y pensó que sería un perrito muy lindo para su hijito. Tenía tres hijos y a uno le gustaban de manera especial los perros pequeños, sobre todo los blancos y negros. Así pues, compró a Rover, y éste fue envuelto en papel y metido en la cesta entre las cosas que había ido comprando para el té.

Pronto Rover consiguió sacar la cabeza del papel. Olía a bizcocho. Pero comprobó que no podía salir; y desde allí abajo, entre las bolsas de papel, lanzó un gruñido de juguete pequeño. Sólo los camarones lo oyeron y le preguntaron qué ocurría. Él lo explicó todo, y esperaba que le compadecieran, pero sólo dijeron:

—¿Cómo puede gustarte que te hiervan? ¿Te han hervido alguna vez?

—¡No! Nunca me han hervido, que yo recuerde —dijo Rover—, aunque a veces me han bañado, y no es precisamente agradable. Pero espero que hervir no sea ni de lejos tan malo como estar embrujado.

—Entonces con toda seguridad que nunca te han hervido —contestaron—. No sabes nada de eso. Es con mucho lo peor que le puede ocurrir a cualquiera; nosotros sólo de pensarlo nos ponemos rojos de ira.

Como a Rover no le gustaban los camarones dijo:

—No importa, a vosotros os comerán pronto y yo me quedaré tan tranquilo, mirando.

Después de esto, los camarones ya no tuvieron nada más que decirle y dejaron que se echara y se preguntara qué clase de gente lo había comprado.

Pronto lo averiguó. Le llevaron a una casa y dejaron la cesta encima de una mesa, y sacaron de ella todos los paquetes. A los camarones los llevaron a la despensa, pero Rover fue entregado inmediatamente al niño para el que lo habían comprado, y el niño lo llevó a su habitación y se puso a hablarle.

A Rover le habría gustado el niño, si no hubiera estado demasiado enfadado para escuchar lo que le decía. El niño le ladraba en el mejor lenguaje canino que podía imitar (y lo hacía

bastante bien), pero Rover ni siquiera intentaba contestar. Se pasaba todo el tiempo pensando que había dicho que se escaparía de la primera persona que lo comprara, y ahora se preguntaba cómo iba a hacerlo; y durante todo el tiempo tenía que estar quieto y hacer como si suplicase, mientras el niño le daba golpecitos y lo empujaba de acá para allá, sobre la mesa y en el suelo.

Finalmente llegó la noche, y el niño se fue a la cama; y a Rover lo puso en una silla junto a la cabecera, todavía suplicando hasta que oscureció. La persiana estaba bajada; pero fuera la luna emergió del mar y tendió sobre las aguas la senda de plata por la que se llega a los lugares del borde del mundo y más allá, para aquellos que pueden caminar por ella. El padre y la madre y los tres niños pequeños vivían cerca del mar, en una casa blanca que miraba por encima de las olas a ninguna parte.

Cuando los niños estaban dormidos, Rover estiró las patas fatigadas, tiesas, y emitió un pequeño ladrido que nadie oyó, excepto una vieja y perversa araña en lo alto de un rincón. Luego saltó de la silla a la cama y de la cama a la alfombra, y en seguida salió corriendo de la habitación, bajó las escaleras y recorrió toda la casa.

Aunque le agradaba mucho poder moverse de nuevo, y había sido de noche tan real y apropiadamente vivo, que podía saltar y correr mucho mejor que la mayoría de los juguetes, comprobó que le resultaba muy difícil y peligroso ir de un lado a otro. Ahora era tan pequeño que bajar escaleras era casi como saltar paredes; y subir escaleras era por cierto muy fatigoso y complicado. Y no servía para nada. Naturalmente encontró todas las

puertas cerradas con llave; y no había ni una rendija ni un agujero por el que poder escabullirse. Así que aquella noche el pobre Rover no pudo escapar corriendo, y por la mañana encontró a un perrito muy cansado, sentado en la silla donde lo habían dejado y con aspecto suplicante.

Los dos niños mayores acostumbraban a levantarse, cuando hacía buen tiempo, y correr por el arenal antes del desayuno. Aquella mañana, cuando se despertaron y levantaron la persiana, vieron que el sol salía del mar, todo él rojo encendido, con nubes en torno a su cabeza, como si hubiera tomado un baño frío y tratara de secarse con varias toallas. Pronto estuvieron en pie y vestidos; y una vez fuera, bajaron por el acantilado y se encaminaron a la costa para dar un paseo, y Rover con ellos.

En el mismo momento en que el niño Dos (a quien pertenecía Rover) saltó de la cama, vio a Rover en la cómoda donde lo había puesto mientras se vestía.

—¡Está suplicando que lo saque! —dijo el niño, y se lo metió en el bolsillo del pantalón.

Pero Rover no suplicaba que lo sacaran, y mucho menos en un bolsillo de pantalón. Quería descansar y prepararse nuevamente para la noche, pues pensaba que esta vez podría encontrar una salida y escapar, y caminar más y más, hasta llegar de regreso a su casa y a su jardín y a su pelota amarilla en el césped. Tenía la vaga idea de que si conseguía volver hasta el césped, todo se arreglaría: se rompería el encantamiento, o despertaría y descubriría que todo había sido un sueño. Así, cuando los niños bajaban por el sendero del acantilado y galopaban por el arenal, Rover intentó ladrar y luchar y revolversse en el bolsillo. Lo in-

tentó, pero apenas pudo moverse, a pesar de que estaba escondido y nadie podía verlo. Aun así, hizo lo que pudo, y la suerte lo ayudó. En el bolsillo había un pañuelo muy arrugado y revuelto, de modo que Rover no estaba completamente abajo, y con sus esfuerzos y el galopar de su amo no tardó en sacar la nariz y husmear un poco alrededor.

Esta vez también quedó muy sorprendido ante lo que vio y olió. Hasta entonces nunca había visto ni olido nada semejante. La aldea donde había nacido estaba a kilómetros y kilómetros del ruido y el olor del mar.

De repente, cuando estaba asomándose, un pájaro enorme, todo él blanco y gris, pasó rozando las cabezas de los niños y haciendo un ruido como de un gran gato con alas. Rover se asustó tanto que cayó del bolsillo a la arena blanda, y nadie lo oyó. El gran pájaro se elevó y se alejó, sin oír en ningún momento los débiles ladridos de Rover, y los niños siguieron correteando por el arenal y no pensaron para nada en él.

Al principio, Rover se puso muy contento.

—¡Me he escapado! ¡Me he escapado! —ladra, ladridos de un juguete que sólo otros juguetes habrían podido oír, y allí no había ninguno que lo escuchase. Después giró sobre sí mismo y se echó en la arena limpia y seca, aún fría por haber estado tendida toda la noche bajo las estrellas.

Pero cuando los niños emprendieron el camino de regreso, y en ningún momento pensaron en él, y él se quedó completamente solo en la playa vacía, ya no se sintió tan contento. La playa estaba desierta, sólo había gaviotas. Aparte de las marcas de sus patas en la arena, las únicas huellas que se podían ver

eran las pisadas de los niños. Aquella mañana habían ido a pasear a una parte muy solitaria de la playa que rara vez visitaban. Ciertamente no era común que alguien fuera allí, pues, aunque la arena era limpia y dorada, y los guijarros eran blancos, y el mar azul con espuma plateada en una pequeña ensenada debajo de los acantilados grises, flotaba allí una extraña sensación, excepto por la mañana temprano cuando el sol era aún joven. La gente decía que allí ocurrían cosas singulares, a veces incluso por la tarde; y al llegar la noche, el lugar se llenaba de tritones y sirenas, sin hablar de los duendes marinos, más pequeños, que cabalgaban en unos diminutos caballitos de mar con bridas de algas verdes hasta los acantilados y los dejaban en la espuma, en el límite de las aguas.

Ahora estaba claro el motivo de todo el misterio: en aquella ensenada vivía el más viejo de todos los hechiceros de la arena, Psamatistas como los llamaba la gente de mar en su lengua acuosa. El nombre de éste era Psámatos Psamátides, al menos eso decía él, y a cada momento organizaba un gran alboroto a propósito de la pronunciación correcta. Pero era viejo y sabio, y acudían a verlo toda suerte de gentes extrañas, pues era un mago excelente, y muy respetuoso (con quien lo merecía) en los tratos, aunque un poco rudo en apariencia. La gente acostumbraba a reír sus chistes durante semanas, después de alguna reunión de medianoche. Pero durante el día no era fácil dar con él. Le gustaba permanecer enterrado en la arena caliente, cuando brillaba el sol, de modo que lo único que sobresalía de él era la punta de una de sus largas orejas; y cuando éstas asomaban, la mayoría de la gente, como tú y yo, las tomaba por pequeños palitos.

Es posible que el viejo Psámatos lo supiera todo acerca de Rover. Ciertamente conocía al viejo brujo que lo había encantado, pues los magos y los brujos son pocos, y aunque viven alejados unos de otros se conocen todos muy bien y, además, no dejan de estar atentos a los tejemanejes de los demás, de modo que no siempre son los mejores amigos en la vida privada. En cualquier caso, allí estaba Rover, tendido en la blanda arena, y empezaba a sentirse muy solo y un poco intranquilo, y allí estaba Psámatos, aunque Rover no lo veía, mirándolo desde un montón de arena que las sirenas habían preparado para él la noche anterior.

Pero el hechicero no decía nada. Y Rover no decía nada. Y pasó la hora del desayuno, y el sol llegó a lo alto y empezó a calentar. Rover miró el mar, que resonaba con una sensación de frío, y un miedo horrible se apoderó de él. Al principio pensó que le había entrado arena en los ojos, pero pronto vio que no cabía error: el mar se acercaba más y más, y devoraba más y más arena; y las olas estaban haciéndose más grandes y más espumosas cada vez.

Estaba subiendo la marea, y Rover seguía tendido justamente debajo de la marca de pleamar, pero él no sabía nada de eso. Al mirar, se sintió más y más horrorizado e imaginó que las olas subían hasta los acantilados y lo arrastraban hasta el mar cubierto de espuma (mucho peor que cualquier bañera jabonosa), mientras él seguía suplicando tristemente.

Eso es por cierto lo que pudo haberle ocurrido, pero no le ocurrió. Me atrevo a decir que Psámatos tuvo algo que ver; en cualquier caso, imagino que el hechizo del brujo no era tan poderoso en aquella misteriosa ensenada, pues estaba muy cerca de la re-

sidencia de otro mago. En verdad, cuando las aguas habían llegado muy cerca y Rover estaba a punto de reventar de miedo, mientras pugnaba por alejarse un poco más de la playa girando sobre sí mismo, descubrió de repente que podía moverse.

No había cambiado de tamaño, pero ya no era un juguete. Podía moverse ágil y correctamente con todas sus patas, a pesar de que todavía era de día. Ya no necesitaba seguir suplicando, y podía correr por donde la arena era más dura; y podía ladrar, no ladridos de juguete sino ladridos auténticos, agudos, de un perrito de cuento de hadas en consonancia con su tamaño. Estaba tan complacido, y ladraba tan fuerte, que si hubierais estado allí, lo habríais oído, nítido y distante, como el eco de un perro pastor que llega con el viento de las colinas.

Y entonces, el hechicero sacó de repente su cabeza de la arena. Ciertamente era feo, y más o menos del tamaño de un perro grande; pero a Rover, empequeñecido por el encantamiento, le pareció horrible y monstruoso, así que se sentó y dejó de ladrar.

—¿Por qué haces tanto ruido, perrito? —dijo Psámatos Psamátides—. ¡Es mi hora de dormir!

De hecho, para él todas las horas eran horas de dormir, a menos que hubiera algo que lo divirtiera, como un baile de sirenas en la ensenada (invitadas por él). En ese caso, salía de la arena y se sentaba en una roca para ver el espectáculo. Las sirenas podían ser muy graciosas en el agua, pero cuando intentaban bailar sobre sus colas a orillas del mar, Psámatos pensaba que resultaban cómicas.

—¡Es mi hora de dormir! —dijo de nuevo Psámatos, cuando Rover no contestó.

Rover siguió sin decir nada, y sólo meneó el rabo pidiendo disculpas.

—¿Sabes quién soy yo? —preguntó el mago—. Yo soy Psámatos Psamátides, jefe de todos los Psamatistas! —Lo dijo varias veces muy orgullosamente, y con cada P lanzaba una nube de arena por la nariz.

Rover estaba allí, casi enterrado en la arena, mirando tan asustado y tan triste que el hechicero lo compadeció. De repente dejó de mirarle con fiereza y se echó a reír:

—Eres un perrito muy gracioso. En verdad que no recuerdo haber visto un perrito tan pequeño.

Y entonces rió de nuevo, y después adoptó súbitamente un aire solemne.

—¿Has tenido peleas con brujos en los últimos tiempos? —preguntó casi en un susurro; y cerró un ojo, y miró tan benévola y tan sagazmente con el otro que Rover se lo contó todo. Probablemente no era en absoluto necesario, pues, como te dije, seguramente Psámatos lo sabía ya; aun así, Rover se sintió mucho mejor al hablar con alguien que demostraba comprender y tener más sentido que los simples juguetes.

—Fue un brujo —dijo el hechicero, cuando Rover terminó su relato—. El viejo Artajerjes, me parece por tu descripción. Viene de Persia. Pero un día se perdió, como a veces les ocurre incluso a los mejores brujos (a menos que se queden siempre en casa como yo), y la primera persona con la que se encontró fue y lo puso camino de Pershore. Desde entonces ha vivido en esos parajes, excepto en vacaciones. Dicen que, a pesar de su edad, es un hábil recolector de ciruelas, dos mil en un buen día, y que le gusta mucho la sidra. Pero eso no viene a cuento. —Con esto Psámatos daba a entender que se había apartado de lo que quería decir—. La pregunta es: ¿qué puedo hacer por ti?

—No lo sé —dijo Rover.

—¿Quieres ir a casa? Me temo que no pueda darte el tamaño adecuado, y menos sin pedir permiso antes a Artajerjes, pues no quiero pelearme con él en este momento. Pero creo que puedo aventurarme a enviarte a casa. Después de todo, Artajerjes siempre puede hacer que vuelvas, si así lo desea. Aunque, por supuesto, la próxima vez puede enviarte a un sitio mucho peor que una tienda de juguetes, si está realmente enfadado.

A Rover esto no le gustó en absoluto, y se atrevió a decir que si volvía a casa tan pequeño era posible que nadie lo reconociera, salvo el gato Tinker; y en su estado actual no le gustaba mucho que Tinker lo reconociera.

—¡Muy bien! —dijo Psámatos—. Tenemos que pensar alguna otra cosa. Mientras tanto, como ya eres nuevamente real, ¿te gustaría comer algo?

Antes de que Rover tuviera tiempo de decir «¡sí, por favor! ¡Sí! ¡POR FAVOR!», en el arenal, delante de él, apareció un platito con pan y salsa y dos huesos menudos, del tamaño adecuado, y un pequeño bol lleno de agua con BEBE PERRITO BEBE escrito alrededor de él en pequeñas letras azules. Rover comió y bebió todo lo que había, antes de preguntar:

—¿Cómo lo has hecho? ¡Muchas gracias!

Rover se acordó al momento de añadir «muchas gracias», pues los brujos y los de su especie parecían gente un poco quisquillosa. Psámatos sólo sonrió; por tanto Rover siguió tendido en la arena caliente y se puso a dormir, y soñó con huesos, y con gatos a los que perseguía hasta que se encaramaban a un ciruelo sólo para ver que se convertían en brujos con sombreros verdes que le arrojaban ciruelas enormes, como calabazas. Y durante todo el tiempo estuvo soplando un viento suave, de modo que Rover quedó casi sepultado en la arena.

Por eso es por lo que los niños nunca lo encontraron, a pesar de que bajaron a propósito a la ensenada para buscarlo, tan pronto como Dos se dio cuenta de que lo había perdido. Esta vez su padre estaba con ellos; y después de buscar y buscar hasta que el sol empezó a descender y llegó la hora del té, no quiso permanecer más tiempo allí y los llevó de regreso a casa: sabía demasiadas cosas extrañas acerca de aquel lugar. Después de aquello, Dos se tuvo que contentar durante algún tiempo con un perro de juguete de tres peniques (de la misma tienda); pero, a pesar de haberlo tenido durante un tiempo tan corto, nunca olvidó a su perrito suplicante.

Sin embargo, en este momento te lo puedes imaginar sentado, muy triste, delante de su taza de té, sin perro; mientras tanto, muy lejos tierra adentro, la anciana señora que había cuidado de Rover y lo había mimado cuando era un animal normal, de tamaño normal, estaba escribiendo un anuncio para localizar un perrito perdido: «Orejas blancas y negras, responde al nombre de Rover»; y mientras tanto el propio Rover dormía lejos, en el arenal, y Psámatos dormitaba junto a él con los cortos brazos plegados sobre su gorda barriga.

